

Por Federico Villoch.

ESTAS alegres charlotadas que en los terrenos de La Polar nos brindó recientemente el ya popular entre nosotros, Aquilino, célebre torero-saxofonista, o saxofonista-torero, que en ambas artes se luce con brillantez, y conquista los entusiastas aplausos del público, traen a la memoria de los descoloridos que por los años del 87 al 90, 91, etc., andábamos alrededor de los 20, aquellas pintorescas y ruidosas «encerronas»—así se llamaban—que por entonces se llevaban a cabo en las plazas de toros de la Calzada de la Infanta y del vecino pueblo de Regla, y sobre todo, y eran las más regocijadas, en los terrenos llamados del «Aplech», lugar que la sociedad de Beneficencia Catalana había levantado en los entonces solares yermos situados en la amplia esquina de Zulueta y Neptuno, donde se encuentra al presente instalado el Hotel Plaza, y estuvo antes el DIARIO DE LA MARINA: el «Aplech» venía siendo un «Parque de Diversiones» como los que han existido, y existen hoy, en las afueras de la Habana; pero más «divertido».

En el «Aplech» se celebraban toda clase de fiestas, desde las más culturales, hasta las más populares: bailes de carnaval, retretas, fuegos artificiales, corridas de toros y de sacos, cucañas, carreras de potros y de carretillas, bailes infantiles, juegos florales, veladas literarias, opíparas cenas y regocijados almuerzos en fechas memorables, etc. etc. En aquella esquina habanera, que figurará desde ahora en nuestra colección de «Esquinas y Rincones», reinaban la más franca y bulliciosa alegría, la expansión y el buen humor por todo lo alto. De las corridas de toros y encerronas nos quedan las cómicas reseñas que de ellas hizo el ameno cronista de la clase, que se firmaba «Seguidillas», pseudónimo bajo el que se ocultaba aquel simpático y dinámico Pancho Cuesta, dueño de la popular sastrería «El Bazar Inglés», situada en la calle de Aguilar, entre Obispo y Obrapia, e inseparable compañero, además, del poeta euskaro Faustino Diez Gravíño, del actor de Albisu Luis Robillot y de otro cronista taurino y muy popular repórter, el chispeante gaditano Paco Díaz, más conocido por «Paco de Oro», porque en verdad lo era en sus sentimientos y proceder. «Seguidillas» publicaba sus reseñas taurinas en varios periódicos; pero aquellas que se referían a las encerronas del «Aplech», veían especialmente la luz en el ameno semanario bilingüe «L-Almogaver», periódico consagrado a la defensa de los intereses generales de Cataluña, y que redactaban el inolvidable Pedro Giralt—aun no era Don Pedro, sino Perico a secas, aunque siempre

muy culto y muy leído—y el erudito literato barcelonés, Don Gabriel Costa y Nogueras. Giralt, con los años muy respetuoso y comedido, era en aquel entonces un periodista «caliente», que se hizo notar por sus «arremetidas» contra Emilio Bobadilla «Fray-Candil», que se hallaba en los comienzos de su carrera de crítico; contra Clarín, y aun contra el mismo don Ramón de Campoamor. En una de sus crónicas decía «Seguidillas», refiriéndose a la corrida extraordinaria que en dicho «Aplech» se celebró el 5 de diciembre de 1836:

«Se tenían alijados dos bravos toros. Espadas: «Pamplina» y «Cara Sucia». Picadores: «Papilla» y «Pesares». Banderilleros: «Pancho Jutía», «Arrempuja», «Mala Suerte», «Cara Dura» y «Hociquillo». Monos sabios: los de costumbre. Todos del ilustre colegio de limpiabotas.

Después del despejo, la sinfonía y el paseo militar, se oye tocar el cornetín, se abre el toril y sale el primer cornúpeto que vió la luz pública, nombrado «Malas Pulgas», canelo, cejijunto, listón y caído de cuernos. Tomó tres varas de «Papilla» y cuatro de «Pesares», con notable desprestigio de sus respectivas bestias.

«Arrempuja» le colgó un par de aretes que adornaron los costados del toro. «Mala Suerte» quiso hincarle dos que fueron al fin dos revolcones para el diestro. «Cara Dura» puso un par cambiando el paso, y «Hociquillo» dió unos quites que figurarán en la Historia Sagrada.

Tocaron a matar, mas el primer espada se indispuso y dijo que le dolía un callo. El segundo no quiso matar porque dijo que el toro no era de su parroquia.

El segundo toro era negro, bragao, con tarros de tirabuzón, y se llamaba «Solomillo». Salió disparado, como inglés en primer sábado de mes.

Del primer embiste descalabró la montura de «Pesares», y puso en fuga la de «Papilla». A la capa se hizo muy guasón el animalito. El cuerpo de banderilleros dió muchas veces con sus gentiles espaldas contra la arena a los empujes de «Solomillo». El espada se arrepintió, y no quiso matarlo porque estaba presente un miembro de la Sociedad Protectora de Animales.

Desde luego—decimos nosotros—que no se trataría de Miss Ryder, porque ésta aun no había hecho su aparición en nuestros ruedos; y aunque hubiera aparecido, de intentar llevar a efecto su misión benéfica, se habría visto en el caso de retirarse más que a la carrera, en medio de ensordecedores silbidos: no había llegado aun su hora. «Seguidillas» termina su crónica anterior despidiéndose hasta el

próximo día, en que iba a verse, decía, la más brava corrida del globo terráqueo; y que en otro número próximo de «L-Almogaver», describe así:

«A las tres y media en punto un numeroso público aplaudió la salida del alguacil, que salió a la arena montado, no en un airoso caballo, sino en un modestísimo burro. Música, a la cabeza de la cuadrilla iba el mismo Mazzantini en persona, alto, plantado, vestido de oro y grana, siguiéndole «Cuatro Dedos», «Badila» y «Agujeta», de caballería, y seis de nuestros más distinguidos limpiabotas.

Dióse la señal, y salió el primer toro que se llamaba «Camelo», de la ganadería del Tío Camama, berrendo en castaño, cornibeletto y de muchos pieses.

Tocaron a banderilla, y «Pancho-Jutía» le metió un buen par de frente, y otro al cesgo. Sonó el clarín de matar, y Mazzantini se cuadró con la muleta y el estoque, tiró el calañés, y le brindó el toro a la señorita Carmen Rosado, salerosa rubia que estaba en el palco de la presidencia, quien le arrojó una flor roja, como la «Carmen» de Bizet, a Don José. El matador se dirigió al toro; le dió tres pases naturales, cinco altos, y dos de pecho; uno de pitón a pitón, y con aquella serenidad que Dios le ha dado, se tiró a volapié, y desvalió al toro de un mete y saca, etc., etc.»...

Cundía entonces la «afición» entre los limpiabotas, que era un gusto. El base ball no se había aun popularizado lo bastante, y la bohemia del betún bebía los vientos por las estrellas tauromáquicas. Se hizo de moda entre ella la chaquetilla corta, el pantalón ajustado, el peinado de tufos a lo flamenco, y el andar jacarandoso. En la Acera del Louvre se daban en algunas horas, sobre todo en aquellas del mediodía en que se hallaba poco frecuentada, ejercicios de capa y pica, haciendo de Miura uno de los del gremio de más acometividad: en las corridas de cartel se disputaban figurar entre los «monosabios», a los que capitaneaba el popular negro Bembeta, gran puntillero.

Aunque «Seguidillas» no cita en las dos reseñas que quedan extractadas a Mario, merece recordarse aquel pardo limpiabotas que tenía todas las condiciones de un futuro buen torero: piernas, agilidad, valor y gracia; y la experiencia que le faltaba en sus cortos años—tendría apenas 18—la hubiera alcanzado con el tiempo, de haber insistido en su propósito, o de haber encontrado un maestro que lo protegiera. En las corridas del «Aplech» era siempre el héroe que se llevaba los aplausos más nutridos, y los mejores regalos de la concurrencia. Cuando toreaban en la Habana Guerrita, Mazzantini, El Marinero y otros espadas, «le daban conversación».

Viene a cuento con estas reseñas de toros, las andanzas del postalista y su hijo el doctor Villoch, por las calles de Lavapiés de Madrid, una tarde de junio, buscando entre los toreros que allí vivían un «capote de brega», para comprarlo y regalárselo, como presente de viaje, a nuestro regreso a la Habana, al «aficionado» doctor Benigno Fernández, por aquel entonces uno de los animadores más en-

tusiastas de las alegres novilladas que, a espaldas de Miss Ryder, se verificaban en el inolvidable ruedo de «Los Zapotes». Nada más pintoresco que la tal excursión por aquel barrio de émulos de Cúchares y Lagartijo. Visitamos varios «torerillos y torerazos» de aquella época en que brillaban, como estrellas de primera magnitud, El Chicuelo; Lalandia, Villalta, etc., y era chistoso oírles a algunas de aquéllas de séptimo orden, la historia de los capotes que nos mostraban en venta; y que no lo daban por menos de «cincuenta duros».

—Porque, mire el ceñor: este capote que ve aquí...

Y allá iba la interesante y gloriosa historia del capote, uno de los que al fin le compramos en «veinte y cinco pesetas», a un viejo torero ya retirado, conocido por «El Rolo». Si nuestro hijo, su compañero de profesión y afición, le hubiera traído de regalo a Don Benigno, la propia espada del Cid, aquél no lo hubiera agradecido quizás tanto como el viejo capote de brega, con sus rasgones y manchas de sangre, que el «Rolo» había lucido en su edad gloriosa, en los principales ruedos de España; y últimamente, ya en su ocaso, en las empalizadas de Tetuán y de Vallecas. Seguro que Don

Benigno, picado de la propia mosca taurina, le habrá dicho a sus colegas de los Zapotes, Fernando y Pepín Rivero—Don Fernando era de los más entusiastas—, Andrés Mirabal, Pelayo Iglesias, Giraudier, Fernando Campa, Caracas, etc., mostrándoles en su museo taurino el capote del «Rolo»:

—Miren ustedes ceñores; este capote que ven aquí...

Y puede que haya dejado detrás en «hipérboles» al propio viejo torero del cuento; porque hay cosas que el arte las dá de «sigo», que diría «el Sol de Triana», vulgarmente conocido por Belmonte.

Alguna que otra tarde hicimos de concurrencia en aquellas corridas de Los Zapotes, en las que no siempre las tenía uno consigo, esperando ser llevado al próximo precinto por barrenador de las leyes. Se esperaba la llegada de Miss Ryder, como la llegada del coco, apoyadas las manos cada torero sobre la valla del ruedo, para saltarla en el instante preciso y emprender la huída. Cuando aparecía la «protectora de animales», tocada con su pamelita del año 40, había sus discusiones más o menos acaloradas; pero a pesar de todas las

arrogancias y las encendidas protestas de los aficionados, había que tocar retirada y conformarse con las «Impresiones», sobre el caso, que al día siguiente escribiría «Pepín» en la MARINA. Pocos seres hemos visto cumplir su cometido con el tesón y la firmeza que lo hacía aquella piadosa Miss Ryder, a cuyo recuerdo acude todos los años un gran número de personas a rendirle un tributo de su admiración y cariño, en el Cementerio de Colón, donde reposan sus restos.

Un recuerdo para aquel joven criollo, Juanito Fernández Laredo, que reveló en Los Zapotes sus excepcionales condiciones tauromáquicas, que marchó a España para alternar con los grandes, y que al poco tiempo, después de lucirse en algunas de

3

aquellas Plazas, y de sufrir una cogida de cuidado, regresó a la Habana, no muy seguro del cerebro acabando al fin—«una mala tarde»—por suicidarse

Hemos titulado esta postal, «Toros y Cañas», por que las de manzanilla corrían en aquellas encerronas como el agua de Vento, que corría entonces al igual de un desbordado torrente. Don Felipe González, propietario que era del gran hotel y restaurant Inglaterra, había recibido de sus amigos de España—1896—una remesa de barricas de manzanilla; y no saliendo de ella con la prontitud que deseara, se le ocurrió embotellarla y bautizarla con el nombre del por aquella época popularísimo actor cómico «Pirolo»—José López—que a la sazón trabajaba con su hermano Regino en la primitiva «Alhambra», conocida por la «Barraca». Las botellas de manzanilla, llevando en su vientre la etiqueta con el retrato de dicho actor, se distribuyeron por toda la Habana en número fabuloso; y no tardaron en agotarse. Bebió «Manzanilla Pirolo» hasta el gato; y se hizo la bebida de ritual en las encerronas de Pubillones—entonces ya no existía el «Aplech»—y en las famosas corridas de Mazzantini y el Guerra. Unos decían que era excelente; otro que sabía a rayos; en aquella fecha a nosotros todo nos sabía a gloria; pero es lo cierto que botella a botella, y caña a caña, Don Felipe salió de la última barrica de su manzanilla, cobijada por la fama indiscutible del popularísimo Pirolo.

No en balde se dice que la bandera cubre la mercancía.

DM. ab. 2840



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA